

Las Palmas de Gran Canaria

Eulalia Santana Henríquez, 92 años

Cristina del Carmen García Romero, 26 años

EL BRILLO DE LA VIDA

Al mirar a la pequeña anciana nonagenaria sentada ante mí en la concurrida sala, me pareció una pequeña y endeble reliquia de tiempos pasados. Entre ambas se abría un inmenso e insalvable abismo enmarcado por los años de existencia..., experiencias vividas y acumuladas por aquella mujer. Había vivido la guerra civil, la postguerra y Dios sabe las decenas de historias que tendría para contarme. Suponía que alguna de ellas me serviría para escribir el relato que había ido a buscar: tal vez una historia trágica, quizás una romántica... todo era posible.

Me presenté ante Eulalia, una mujer amable y educada que se sentía extrañada por mi interés en conocer su vida. Estuvo hablándome de su infancia en Tenoya, en la finca de cultivo donde trabajaba su abuela, con la que vivió aquellos años. Me contó que durante un año estuvo viviendo en Larache, en África, junto a su marido que se encontraba al cargo de un pozo.

Sin embargo, he de admitir que su reticencia a hablar de “cosas tristes” -según sus propias palabras-, me decepcionó. Eulalia considera que no merece la pena hablar de cosas que traen malos recuerdos, y a mí, como estudiante en busca de una gran historia que narrar, su actitud me resultó frustrante. Sin embargo, es su vida, son sus historias. Ella es la única persona que puede decidir lo que cuenta y lo que no, aquello de lo que desea hablar y aquello que quiere callar. Con un suspiro me resigné a salir de allí sin una sola historia emocionante que poder narrar.

Cuál fue mi sorpresa cuando tras permanecer hablando durante horas con la pequeña anciana, sin saber cómo sucedió, acabé convirtiéndome en su inesperada cómplice en la realización de una travesura, de la que fue víctima una de sus compañeras de residencia, que a continuación pasó un buen rato buscando la funda de sus gafas, para posteriormente encontrarla, como por arte de magia, en el bolso que tantas veces había revisado durante su búsqueda.

Aquella pequeña maldad cargada de inocencia llenó sus ojos de vida, brillando casi como los de un niño que ha descubierto por vez primera que a través de una caracola se puede escuchar el sonido del mar y comienza a imaginar mundos ocultos más allá del alcance de sus ojos.

Fue en ese momento cuando comencé a hablar con la Eulalia verdadera, la que esquivaba los momentos malos de su vida, deseosa de dejar las tristezas pasadas como meros recuerdos relegados al baúl del olvido. La anciana que se reía alegre mientras me narraba pequeñas travesuras que hacía en su infancia, cuando reunía los niños del barrio para lavarlos, vestirlos y acostarlos a dormir a todos en su cama... sin conocimiento de los preocupados padres que los buscaban.

Nunca fue cantante en ningún grupo, pero pasó su vida cantando. Su voz ya suena cansada y desgastada por los años, pero eso no le impide hacerme un pequeño concierto privado donde me recita ‘a cappella’ una folía, mientras su rostro rejuvenece durante unos instantes para finalizar la canción con una risa de júbilo.

Me permitió conocer a la mujer que se ilusionaba hablando de su único hijo, Manuel, y de su nieto, Francis. Mostraba orgullo al hablar de ellos, ambos abogados. Pero era su biznieta, Anjara, la que traía la luz a su mirada, una niña de ocho años en la que Eulalia ve plasmado su amor por la danza y la canción. Una pequeña en la que se ve reflejada a sí misma a pesar del abismo de las generaciones que las separan.

Cuando me alejé del centro de vuelta a mi casa, para sentarme ante el ordenador a escribir el relato, descubrí que en realidad no tenía ninguna historia que contar. Tenía todo un monumento histórico, una represen-



tación de un estilo y filosofía de vida encarnado en una persona maravillosa de la que podía hablar.
Ante todo, tenía una gran experiencia que compartir.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Cuando le pregunto a Eulalia qué es lo que considera lo más importante en su vida, lo resume en una frase: Salud y un plato de comida. Para ella es importante vivir con los suyos, ser buena persona sin hacer daño a los demás, pero afirma sin atisbo de duda que sin salud no puedes disfrutar de aquello que te rodea.

Observando su perspicacia, la forma firme en que habla y el brillo en sus ojos, aún nítidos a pesar de aproximarse al siglo de existencia, no me cabe duda de que a mis ojos, ella ha logrado obtener aquello que considera lo más importante en la vida.